


HISTORIA  incógnita

PABLO DE TARSO ¿APOSTOL O HEREJE?

La inquietante verdad sobre la identidad
del auténtico fundador del cristianismo.

Ana Martos

 nowtilus
saber

PABLO DE TARSO

¿APÓSTOL O HEREJE?

*La inquietante verdad sobre la identidad del auténtico
fundador del cristianismo.*

ANA MARTOS



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Pablo de Tarso, ¿apóstol o hereje?

Subtítulo: La inquietante verdad sobre la identidad del auténtico fundador del cristianismo.

Autor: © Ana Martos

Copyright de la presente edición: © 2007 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez

Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró

Maquetación: JLTV

Edición digital: Grammata.es

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-368-0

Libro electrónico: primera edición

Índice

Prólogo

Capítulo I - Los pueblos sometidos

- La muerte política de Grecia
- De imperio de faraones a provincia romana
- Fin de los Macabeos, la última esperanza de Israel
- Una doctrina de resignación para la decadencia

Capítulo II - El cristianismo antes de Cristo

- El mito es un espejo eterno
- La herencia externa
- Un monoteísmo indeciso
- Una contrarreligión revolucionaria
- Los misterios del Mediterráneo
- El redentor prometido
- El mito solar del dios salvador
- El banquete totémico

Capítulo III - Los cristianos no cristianos

- Los iniciados
- El primer maestro de sabiduría
- Ptah Hotep, el visir sabio
- Zoroastro, la pureza
- Buda, la renuncia
- Confucio, el elegido
- Pitágoras, la salud del cuerpo y del alma
- Platón, la búsqueda del conocimiento
- Epicuro, la búsqueda de la felicidad
- Los terapeutas, sanadores de almas
- Filón de Alejandría, un cristiano sin Cristo

- La comunidad del Mar Muerto
- Los esenios, ascetismo y santidad
- Los gnósticos, la sabiduría
- La biblioteca copta de Nag Hammadi
- La Sabiduría tiene rostro de mujer
- Las enseñanzas del Maestro de Sabiduría

Capítulo IV - Pero ¿quién fue Pablo de Tarso?

- Lo que cuenta su biografía
- Perseguidor de los cristianos
- Desertor del judaísmo
- Coetáneo de Jesús de Nazaret
- Cuatro viajes que fueron otras tantas odiseas
- De Jerusalén a Roma
- Sí, pero ¿quién fue Pablo de Tarso?
- Pablo, el gnóstico
- Pablo, el esenio
- Pablo y Tecla
- Las mujeres callen en las asambleas
- La enfermedad sagrada

Capítulo V - Diseño de una religión rentable

- Un culto rentable
- El objeto del culto
- La línea a seguir
- El colectivo
- El apoyo social
- La captación
- El mantenimiento
- Las Epístolas
- El Apocalipsis

Capítulo VI - Los seguidores de Pablo de Tarso

- Tiempo para el Mesías
- El primer evangelio
- Una iglesia disidente
- Lucas, el gnóstico
- Lucas, el ortodoxo
- Veinticuatro mil manuscritos

- El misterioso documento Q
- La misión de Marcos
- El cometido del cuarto evangelio
- Las profecías en los Evangelios
- Las contradicciones evangélicas

Capítulo VII - Del Cristo de Pablo al Verbo encarnado

- El Verbo se hizo carne y después se hizo Dios
- El papel del Espíritu Santo
- Un dios y tres personas
- El lastre del judaísmo
- Otro lastre: la Parusía
- En busca del poder místico
- En busca del poder temporal
- No vine a traer la paz sino la espada
- La atracción del dios-hombre
- La paz de los dioses
- El camino de la intolerancia
- Persecuciones políticas, no religiosas
- Cristianos a los leones
- Un peligro para la paz de los dioses
- El juramento y la ley

Capítulo VIII - Una religión a la medida del Imperio

- El último lastre
- Del episcopado democrático al monárquico
- Un competidor persa
- Las papeletas del cristianismo
- Un emperador cristiano
- Una negociación sustanciosa
- El coste de las negociaciones
- El camino directo al Imperio
- La santificación de lo pagano
- Un testimonio de primera mano
- La documentación de lo indocumentable

Capítulo IX - Roma es nuestra

- La envidia no perdía de vista nuestros bienes
- De dioses a demonios

- De demonios a santos
- Un politeísmo encubierto

Epílogo

Obras de referencia

Notas

Cuantas más sectas haya, menos peligrosa es cada una;
la multiplicidad las debilita; todas son deprimidas por leyes
justas
que prohíben las asambleas, siempre tumultuosas,
las injurias, las sediciones, y que están siempre
en vigor por la fuerza coactiva.
Voltaire, *Tratado de la tolerancia*.

Prólogo

Pablo de Tarso es un enigma. Antes de empezar a investigar sobre su persona, su doctrina y su identidad, la imagen que de él tenía era la de un cascarrabias misógino, probablemente impotente debido a profundos conflictos con la figura de la mujer, y creador de una doctrina totalmente opuesta a la de los *Evangelios*.

Pero después de investigar, de buscar datos dentro y fuera del ámbito cristiano, de consultar autores cristianos y no cristianos, creyentes y no creyentes, religiosos y ateos, después de contrastar su doctrina con las doctrinas y las creencias cristianas de cada momento histórico, su imagen ha cambiado totalmente.

Ya no es el individuo de talla corta, calvo, malhumorado, autoritario y furibundo, sino que su figura corretea por una escena de campos mediterráneos, en los que aparece y desaparece, siempre apresurado, siempre llegando a un punto para partir hacia el siguiente, alejándose hasta diluirse en el horizonte.

¿Quién fue Pablo de Tarso? ¡Qué poco sabemos de él y cuánto creíamos saber! Nos han contado tantas cosas, con tanto detalle, con tales minucias, que creíamos conocer su biografía, su personalidad, su aspecto, su pensamiento, su doctrina. Pero apenas tenemos referencias ciertas pues, tan pronto sometemos a la razón y al análisis los datos sabidos, lo hasta ahora conocido se nos escapa y su imagen se desvanece en algún punto de la historia antigua.

Rescatar su figura de las brumas de la leyenda, de la novela, del relato y de la ficción ha sido tarea larga y compleja. Sin embargo, tampoco se puede asegurar que la información conseguida sea verídica. Después de tanto análisis y tanta búsqueda, su imagen se sigue esfumando, aunque, al menos, deja un rastro de lo que pudieron ser su personalidad y su ideario.

Capítulo I

Los Pueblos Sometidos

Las naciones son como las personas. Gozan de una etapa de juventud que puede o no ser esplendorosa; después llega un periodo más o menos largo de madurez que puede ser fructífera o vana; y finalmente alcanzan la decadencia que dura, según las circunstancias, un tiempo corto o prolongado hasta la total desaparición. Pero también, como las personas, las naciones tienen la oportunidad de perdurar en el tiempo y de, aun cuando desaparezcan, dejar señales imperecederas de su existencia. Y también algunas consiguen durante el periodo de decadencia un renacimiento más o menos duradero.

Algo así sucedió con Egipto, Grecia y Roma que disfrutaron de una época juvenil de máxima brillantez, tuvieron una madurez muy productiva y tras su decadencia y desaparición definitiva dejaron un rastro de cultura, sabiduría y arte que todavía hoy nos asombra. Y también sucedió algo extraordinario con el pueblo hebreo, que una vez conquistó la tierra de Canaán, que la perdió mil veces y ha vuelto a ella al cabo de los siglos.

LA MUERTE POLÍTICA DE GRECIA

Alejandro Magno murió en 323 antes de nuestra Era. Antes de morir, en los pocos años que le tocó vivir, conquistó una gran parte del mundo y creó un imperio que

implantó la cultura griega en tres continentes. Pero es frecuente que los hijos malgasten y despilfarren la fortuna que con tanto esfuerzo les legaron sus padres y, de la misma forma, aquel vasto imperio desapareció al poco tiempo de la muerte de su fundador porque sus sucesores, los llamados Diádocos, primero se lo repartieron y después lo desbarataron luchando unos contra otros hasta disgregarlo, debilitarlo y dejarlo casi inerte a merced de nuevos conquistadores, nuevas naciones que llegaron con todo el vigor y el entusiasmo de la juventud, dispuestas a devorar el mundo.

En 217 antes de nuestra Era, dos de estas nuevas naciones fuertes y poderosas chocaban con estrépito haciendo vibrar el Mediterráneo. Roma y Cartago se disputaban con saña la hegemonía que un día perteneciera a Egipto o a Grecia.

Pero ni Egipto ni Grecia escucharon el estruendo de las Guerras Púnicas y ninguna de ellas se apercibió de que Roma se dibujaba ya como heredera del imperio descuartizado de Alejandro. El destino la estaba sin duda señalando con dedo firme, pero las otras naciones no vieron la señal. El motivo de tal sordera fue el que ha propiciado las grandes invasiones a lo largo de la Historia. Sus dirigentes disputaban entre sí, empleando toda su energía y todos sus recursos en combatir cada uno al otro y el murmullo que levantaban les impidió oír la estridencia de las armas romanas y cartaginesas.

Grecia nunca fue un país, sino un conjunto de estados y ciudades-estado que se aliaban o se enfrentaban según las circunstancias. Y, en la época de la que hablamos, la semilla de la discordia llevaba ya largo tiempo fructificando, propiciando la decadencia y la debilidad. Las ciudades griegas eran más enemigas entre ellas de lo que podían serlo de cualquier posible enemigo o invasor extranjero. Cuenta Polibio que era tanta la inquina que cada Estado guardaba para los demás, que parecía como si hubieran

decidido exprimir hasta la última gota de sangre y explotar hasta el último ápice de energía e invertirlas en destruirse y eliminarse mutuamente, de forma que no quedara el menor rescoldo de fuerza cuando llegara el nuevo extranjero invasor.

LOS DIÁDOCOS

Alejandro Magno murió antes de que naciera su hijo Alejandro IV, el heredero legítimo de su colosal imperio. Eso dio lugar a una intensa lucha entre aquellos de sus generales que eran partidarios de mantener la unidad del territorio conquistado y los que creían más acertado dividirlo en zonas geográficas que facilitarían su gobierno. Finalmente lo dividieron y se llamó período de los Diádocos a la etapa en la que los generales de Alejandro se repartieron las satrapías, las jefaturas y los poderes reales del imperio.

Cuando nació el hijo póstumo de Alejandro quedó confinado junto con su madre bajo la tutela de los generales. El ejército llegó a proclamarle rey, pero no vivió lo suficiente para reinar, porque el más audaz y ambicioso de los Diádocos, Casandro, asesinó al niño y a la madre y se proclamó rey.

El imperio se debilitó por las continuas luchas entre los generales y los constantes cambios de poder, que llegaron a desestabilizar las ciudades y a dejar sin recursos y en total bancarrota a territorios que, como Egipto, habían conocido el mayor poder y esplendor de la historia.

Este historiador griego objetivo y riguroso cuenta como Agelao peroraba ante los griegos reunidos en Naupacta, les exhortaba a poner fin a sus pueriles diferencias y a unirse para velar por la salud común, porque en Occidente se

veían crecer y amontonarse temibles nubes de tempestad que pronto vendrían a descargar sobre sus cabezas.

En vano trató Agelao de convencerles, pues, aunque sus palabras conmovieron a los presentes, pudo más el peso de los odios hereditarios y las contiendas seculares que las recomendaciones de la prudencia. Argumentó que si todas las naciones helénicas se considerasen un cuerpo, con Macedonia como cabeza, y armasen sus múltiples brazos con espadas y lanzas, el suelo sagrado de Grecia se vería libre. Pero si continuaban desgastando sus exiguas fuerzas en ataques y escaramuzas, el vencedor de aquella lucha de titanes que se desarrollaba en el Mediterráneo, fuera cual fuera, volvería antes o después su mirada ávida de riquezas hacia el mundo griego.

Mientras, Roma aguardaba el momento oportuno. Los enfrentamientos entre las ciudades griegas y, dentro de cada ciudad, entre los distintos partidos, eran precisamente lo que los romanos necesitaban para tener suficiente tiempo para deshacerse del enemigo cartaginés, rearmarse y dirigirse, sin vacilaciones, hacia lo que quedaba de aquel gigante exhausto y decadente que era el mundo heleno.

Pero el mundo heleno, lejos de seguir los consejos de los que, como Agelao, pedían unidad y entendimiento, empezó a ver en Roma la posible solución a sus viejas querellas y, tan pronto se presentaron en Grecia las primeras legiones romanas, se formó un partido a su favor [\[1\]](#).

Así cavaron los griegos su propia tumba con sus propias manos, porque los romanos, guerra tras guerra, batalla tras batalla e invasión tras invasión, fueron borrando del mapa uno a uno los estados griegos y convirtiéndolos en provincias o en regiones sometidas, eliminándolos para siempre de la lista de países del mundo.

Así murió Grecia, pero solo políticamente, porque Roma, que capturó a Grecia por las armas, fue capturada por ella por el espíritu. La cultura, la filosofía, la religión y el

pensamiento helenos no solamente apresaron a Roma, sino que conquistaron, a través de ella, todo Occidente.

DE IMPERIO DE FARAONES A PROVINCIA ROMANA

Los griegos eran soberanos de Egipto desde la conquista de Alejandro Magno, en el siglo IV antes de nuestra Era. En el reparto del Imperio que se llevó a cabo a la muerte del macedonio, Egipto correspondió a Tolomeo quien estableció la capital en Menfis, aunque él y sus sucesores prefirieron residir en Alejandría donde reposaban por entonces los restos de Alejandro y donde se estableció el centro económico y político del país.



Ruinas del templo de Apolo en Delfos

Los Estados griegos desaparecieron de la lista de naciones para convertirse en provincias romanas, pero la muerte de Grecia fue solo política porque su cultura conquistó a Roma y a todo Occidente.

Aunque Tolomeo trató de mantenerse al margen de las guerras encarnizadas que se produjeron entre los restantes generales de Alejandro, sus herederos terminaron por involucrarse en ellas, porque las querellas se propagaron a sus sucesores y a los sucesores de estos.

En el siglo III antes de nuestra Era, Tolomeo III se autoproclamó «dueño del Mediterráneo y del Mar de la India» porque había conseguido con sus victorias y las de su antecesor Tolomeo II dar a Egipto la hegemonía del Mediterráneo y llevarlo al apogeo de su poder y su riqueza. En aquella época, Alejandría reunía en su Museo y en su

Biblioteca a los intelectuales más destacados del momento, que acudían llamados por el esplendor de la ciudad y las excelentes retribuciones que se ofrecían a los artistas, científicos, filósofos y literatos.

Hacia el año 50 antes de nuestra Era, Roma sufrió una grave crisis financiera. Un problema que el triunvirato, entonces gobernante, formado por César, Pompeyo y Craso, decidió solucionar echando mano de los recursos, casi míticos, de Egipto. Quiso la casualidad que, por aquellos días, el pretendiente al trono egipcio, Tolomeo Auletes, requiriese la ayuda de sus buenos amigos romanos para resolver un conflicto familiar y, para que su demanda no cayese en saco roto, la apoyó con una importante suma de dinero más el regalo de una interesante propiedad, Chipre. Con ello consiguió no solamente el apoyo de Roma para convertirse en Tolomeo XIII, sino la consideración de amigo y aliado.

Murió Craso luchando contra los partos y los restantes triunviros. César y Pompeyo, se enfrentaron en una guerra civil que terminó trágicamente para todos. Pompeyo cometió el lamentable error de refugiarse en Egipto huyendo de las iras de César y Tolomeo cometió otro error mucho más lamentable: hacerle cortar la cabeza, creyendo que así César le estaría eternamente agradecido.

Un error que le costó el trono, porque César corrió enfurecido a Alejandría, allí se dejó enredar por la hermana de Tolomeo, Cleopatra, se casó con ella y terminaron ambos reinando en Egipto.

PERIODO HELENÍSTICO

Se llama período helenístico a la etapa histórica de Grecia y del helenismo después de Alejandro Magno. «Helenístico» significa griego o casi griego. Tras las conquistas de Alejandro, los griegos se repartieron por

Asia y Egipto, llevando consigo su cultura y difundiendo su ciencia y su filosofía, enriquecidas por las aportaciones e interpretaciones de otros pueblos y otras razas.

Al año siguiente, César murió asesinado en Roma y se formó un nuevo triunvirato entre Octavio, Lépido y Marco Antonio. Un segundo triunvirato que terminó igual que el primero. Lépido murió y Octavio y Marco Antonio se enfrentaron por tierra y por mar, después de repartirse el mundo en oriental y occidental y después de que Marco Antonio se dejara asimismo prender en las redes de seducción de Cleopatra, que estaba dispuesta a todo con tal de convertir su reino en el más poderoso del mundo.

Todo acabó en el mayor de los desastres. Octavio venció a Marco Antonio en Actium. Él y Cleopatra se suicidaron en Alejandría para no oír el estrépito de las legiones de Octavio pisando suelo egipcio. Así quedó el otrora poderoso imperio de los faraones incorporado a Roma como una provincia más. Una provincia más del nuevo imperio que se dibujaba ya con el perfil arrogante de su primer emperador, Octavio Augusto, y que vino a heredar el esplendor y el poder de dos antiguos imperios ya sometidos. Pero para el pueblo de Roma, aquello terminó con su libertad democrática, porque Augusto, como se le conoció desde entonces, se arrogó el poder absoluto y no compartió con el Senado más que el poder administrativo. Después de someter a tantas naciones, la misma nación romana quedó sometida a un solo poder: el del emperador.

FIN DE LOS MACABEOS, LA ÚLTIMA ESPERANZA DE ISRAEL

Para el pueblo judío la causa de las calamidades, invasiones y exilios que le tocó sufrir fue que se apartara de

la ley de Dios. Dios se había revelado a Abraham como Yahvé y había establecido con él una alianza que duraría por los siglos de los siglos, según la cual, el pueblo hebreo tendría derecho divino a la tierra de Canaán y, a cambio, debía aceptarle como único dios nacional. Para firmar el pacto, Abraham aceptó el rito de la circuncisión que diferenciaría siempre a los judíos de los demás pueblos, los cuales se convertirían desde entonces en «los incircuncisos», los «gentiles».

Pero los judíos no siempre fueron fieles a Dios, porque muchas veces se dejaron influir por los demás pueblos y cometieron abominaciones para ellos tan imperdonables como la idolatría.

Y esas faltas les acarrearón castigos divinos en forma de catástrofes, invasiones, humillaciones, éxodos y diásporas.

En el siglo VI antes de nuestra Era, Nabucodonosor los llevó prisioneros a Babilonia. Tiempo después, Ciro les devolvió la libertad y restauró la nación hebreá, tras de lo cual, muchos se establecieron en Mesopotamia, otros en Egipto y otros se dispersaron por todo el Mediterráneo.

Cuatro siglos más tarde, los seleúcidas, descendientes de otro de los generales de Alejandro, Seleuco, que llevaban muchos años enfrentándose a los de Tolomeo, conquistaron la tierra prometida a la que Moisés, según la tradición, condujera un día al pueblo hebreo. Antíoco III, rey seleúcida, venció a Tolomeo V y Judea pasó a manos de esta dinastía. A partir de entonces, todo fue de mal en peor hasta que Matatías, el sumo sacerdote judío, se rebeló contra el opresor y juró que, aunque todos los demás le obedecieran, él y sus hijos solamente obedecerían a Dios.

Pero aquello no quedó en palabras. Cuentan que, mientras el sacerdote se enfrentaba a los esbirros del rey Antíoco, vino un judío a ofrecer un sacrificio a los dioses griegos y Matatías, enfurecido, levantó su espada y le decapitó allí mismo sobre el altar profanado. Y, no teniendo ya nada que perder, degolló al comisario del rey. Acto

seguido, huyó con sus cinco hijos al monte donde se le fueron uniendo otros judíos que no estaban dispuestos a tolerar el escarnecimiento de su Ley. Con el tiempo, se organizaron y al año siguiente, cuando murió Matatías, coronaron rey de Judea a su hijo mayor, Judas Macabeo.

Fue una buena elección porque el hijo de Matatías condujo a su pueblo a la victoria. En 163 antes de nuestra Era, Jerusalén había sido liberada y purificada y el Templo se había vuelto a consagrar. Pero los días de vino y rosas no fueron largos, como bien señala la misma *Biblia*. Al año siguiente, Antíoco IV se enfrentó a Judas Macabeo y así siguieron las luchas durante años, hasta que Judas Macabeo murió en batalla y el rey seleúcida Demetrio I nombró gobernador de Judea a Jonatan, el hermano del héroe fallecido. Además de gobernador Jonatán fue sumo sacerdote, el primer sumo sacerdote Macabeo.

El reino Macabeo alcanzó la cúspide del poder en 103 antes de nuestra Era, siendo Alejandro Janneo gobernador de Judea. En aquella época, los judíos habían sometido Samaria e Idumea, sus dos grandes enemigos, y habían conquistado Galilea. Habían destruido el templo samaritano y habían obligado a los idumeos a adoptar el judaísmo. Es importante retener este dato y saber que el pueblo idumeo fue siempre considerado enemigo por el pueblo judío, a pesar de haber adoptado aquel su religión y su ley. Y es importante porque un día vendría de Idumea un gobernador que rigió los destinos del pueblo judío a pesar del odio y del rechazo: Herodes el Grande.

El poder de los Macabeos terminó de un plumazo cuando Pompeyo, el general que gobernó Roma junto a César y Craso, derrotó a Antíoco XIII, acabó con el reino seleúcida y tomó Jerusalén. Hasta entonces, los griegos venían considerando a los romanos unos bárbaros sin civilizar y los judíos ni siquiera se habían enterado de su existencia. Pero, en 64 antes de nuestra Era, Pompeyo anexionó Siria a Roma como otra de sus provincias y luego marchó con su ejército

a Judea donde únicamente encontró resistencia en Jerusalén.

HERODES EL GRANDE

Todo cuando hemos leído de Herodes el Grande procede de historiadores judíos, como Flavio Josefo, y puesto que le consideraron enemigo, no es fácil saber si fue realmente tan malvado como le han descrito. Lo que sí sabemos es que durante su reinado hubo paz y prosperidad en Judea, que reconstruyó el país devastado por guerras e invasiones, y que engrandeció el Templo.

Por otro lado, Herodes se ganó nuevas enemistades al exigir que la religión quedara al margen de la política. Pero hay que tener en cuenta que con ello pudo evitar nuevas represalias de Roma, al impedir nuevas rebeliones político-religiosas. Recordemos que el pueblo judío no se caracterizaba precisamente por su prudencia y estaba siempre dispuesto a alzarse contra el invasor extranjero, convencido de que Dios daría la victoria a su pueblo elegido, como había sucedido en tiempos de Judas Macabeo, vencedor de los seleúcidas. Pero los romanos no eran los seleúcidas, decadentes y debilitados, sino que eran una potencia pujante y arrogante que no toleraba desórdenes. Herodes sabía muy bien con quien se enfrentarían si se levantaban contra Roma y puso todo su empeño en evitar una venganza mortal como las que tomaron años después Tito y Adriano contra los judíos.

Herodes tomó por esposa a Miriam, de la familia de los Macabeos, para fusionar el linaje Macabeo con el suyo, el idumeo, tan odiado. A pesar de que la amaba tiernamente la hizo asesinar por celos y nunca pudo sobreponerse al sentimiento de culpa que su mala

acción le produjo. Aunque se volvió a casar hasta diez veces, no consiguió olvidar a Miriam y con el tiempo se fue consumiendo entre la melancolía y los temores paranoides. Unos temores, fundados o infundados, que le llevaron a ejecutar a varios de sus hijos, hasta el punto que se cuenta que Augusto comentó que prefería mil veces ser el cerdo de Herodes antes que uno de sus hijos. Murió en el año 4 antes de nuestra Era, odiado y vilipendiado por sus súbditos judíos.

Sin embargo, a pesar de tanto odio y resentimiento, ningún escritor ni historiador judío menciona la matanza de los inocentes de que habla el Nuevo Testamento. Ni siquiera Flavio Josefo, que vertió sobre él todo su rencor, dice una palabra al respecto.



El sacrilegio de Pompeyo

Pompeyo fue el general romano que incorporó Palestina a Roma como parte de la provincia de Siria, tomada al reino de los seleúcidas. Al entrar en Jerusalén quiso contemplar los misteriosos ritos de adoración del Templo y se atrevió a entrar, a pesar de ser gentil y además en el día santo de la Expiación, agraviando con su profanación al pueblo judío.

Pompeyo no tuvo prisa alguna. Nada le apremiaba. Sabía que la conquista de aquella ciudad antigua y venerable era cuestión de estrategia. Construyó rampas y colocó máquinas de asedio con la tranquilidad de saber que nadie le atacaría, porque tuvo la precaución de hacerlo

aprovechando la inacción del *sabbath*. Y ya solo tuvo que esperar al *sabbath* siguiente para lanzar el ataque. En el día sagrado, los judíos no tomarían por nada del mundo la iniciativa de un ataque. El *Éxodo* (34,21) prohíbe tajantemente trabajar en sábado. Solamente se defenderían si los atacaban, pero la defensa llegó tarde porque Roma lo tenía todo dispuesto.

Un siglo después de que Matatías se levantase contra el invasor Seleúcida, Judea se había convertido en una provincia romana.

UNA DOCTRINA DE RESIGNACIÓN PARA LA DECADENCIA

Hemos asistido al fin de tres naciones, a la humillación de tres pueblos y al sometimiento de tres reinos. Afortunadamente asistiremos también a la integración de tres culturas. Tres culturas que se unieron para impregnar un periodo de la Historia en el que tres pueblos sufrieron el agravio de la invasión romana.

Estas tres culturas: griega, egipcia y hebrea, se reunieron en Egipto, porque allí fue donde se realizó el encuentro entre Oriente y Occidente, la fusión de tres pueblos heridos de muerte por Roma, que se fundieron en uno solo para llorar la libertad y la esperanza perdidas.

Gaetano Negri, historiógrafo, literato y político milanés del siglo XIX, escribió en su libro *La crisis religiosa* (ediciones Dumolard, Milán, 1878) que cuando el ser humano es incapaz de renunciar a la felicidad y esta se le escapa, solamente le queda llevarla a otra vida trascendental.

Según este autor, para conseguir salir de una condición francamente miserable y poder aceptar una realidad tan inaceptable como la maldad del mundo en que vivimos, no

tenemos más remedio que echar mano de una esperanza de felicidad en un mundo futuro.

Eso es, sin duda, la base psicológica de la mayoría de las religiones.

En un momento, por tanto, de calamidades y desilusiones, el mundo estaba pidiendo a gritos una filosofía del dolor, una doctrina de resignación, pero no de resignación gratuita, sino de resignación presente con vistas a una recompensa futura. Una doctrina que despreciase un presente ignominioso y ofreciese un futuro reconfortante. Un consuelo para todos los afligidos, los humillados, los escarnecidos, los desposeídos, los desesperanzados.

Los judíos lo sabían muy bien. Habían soportado numerosas invasiones, humillaciones, destrucciones y expulsiones a lo largo de su historia. De hecho, Jerusalén ha sufrido sitios, tomas, destrucciones y saqueos desde el siglo X antes de nuestra Era y el Templo, el Templo con mayúsculas, ha sufrido profanaciones, saqueos e incendios en numerosas ocasiones [\[2\]](#).



El *sabbath*

Es el día sagrado de los judíos, correspondiente a nuestro sábado, que se inicia a la puesta del sol del viernes y finaliza a la puesta del sol del sábado. El *sabbath* era un festival babilónico de luna llena que los judíos incorporaron a sus tradiciones durante su exilio en Babilonia. Forma parte de la alianza establecida con Yahveh y de ahí su observancia rígida. Adán fue desterrado la víspera del *sabbath* y la humanidad volverá a entrar en el Edén a través del *sabbath*.

El pueblo de Israel lleva muchos años esperando al Mesías, al ungido, al enviado, al siervo de Dios elegido para proclamar la libertad de los cautivos, la amnistía de los prisioneros, el consuelo de los que lloran, la alegría de los enlutados, la venganza de Yahveh, la salvación y la recompensa para la hija de Sión. Así lo dice la profecía de Isaías.

En el siglo I antes de nuestra Era, por tanto, desaparecido el estado judío independiente, el pueblo esperaba con mayor anhelo que nunca la llegada del libertador. Hubo un momento en que creyeron que Judas Macabeo podía ser el Mesías, pero la profecía decía muy claro que había de descender de la casa de David, que aniquilaría al enemigo y que establecería un reino ideal en la tierra, cuya capital sería Jerusalén.

Surgieron por entonces numerosos mesías en respuesta a la necesidad de libertad del pueblo judío, pero el mismo Herodes se ocupó de aniquilarlos a medida que brotaron. Herodes debió tener muy en cuenta el peligro que suponía para los judíos la provocación de un mesías enfrentado a Roma y capaz de arrastrar a las masas a la lucha y, lógicamente, a la muerte.

Además de los mesías, florecieron en Judea varios grupos extremistas que pretendían matar a todo romano que se atreviera a invadir el recinto del Templo. Su finalidad, como es lógico, era liberar Judea por la fuerza. Pero su fuerza era infinitamente pequeña al lado de la gran potencia en que se había convertido Roma. Y Herodes, suponemos que siempre intentando hacer de barrera entre Judea y Roma, hizo ejecutar sin juicio al primer jefe del grupo más fiero, los zelotes o cananeos. Muerto el jefe, creyó Herodes que los extremistas se disgregarían, pero no fue así, sino todo lo contrario. Se creó un ala mucho más extremista de terroristas que consideraban el asesinato y el pánico un instrumento político. Como llevaban siempre una daga llamada sica, se les aplicó el nombre de sicarios.

Isaías había profetizado la venida de un rey fuerte, ideal, enviado por Dios para liberar a su pueblo y dominar sobre todas las naciones del mundo. Isaías describió un futuro ideal para alentar a los judíos sojuzgados por los asirios. Un aliento que el pueblo revivió durante la deportación a Babilonia y que retomó con gran brío en tiempos de la dominación romana. Flavio Josefo dio cuenta de los numerosos mesías que encabezaron revueltas y sediciones contra los romanos, aunque él no los consideró mesías, sino insurrectos, y describió las masacres que tuvieron lugar al reprimir Roma los constantes brotes de rebelión.

Pero el libertador judío no acababa de llegar y cuantos intentaron encarnarle sucumbieron, ya fuera a manos de su propio rey, Herodes, o a manos de los romanos.

Además, las esperanzas de los judíos no se podían trasladar a una vida futura, porque todo cuando había de sucederles les sucedería en esta vida. Los autores de la *Biblia* no mencionan el alma ni el más allá, sino que los premios y los castigos se reciben en este mundo. Toda la literatura apocalíptica que floreció a partir del año 200 antes de nuestra Era habla de catástrofes terrestres, de juicios universales, de castigos y de reinos ideales situados aquí en la tierra.



La Puerta de Oro

De las ocho puertas situadas en la muralla de la ciudad antigua de Jerusalén, solo la Puerta de Oro permanece cerrada desde que los turcos la sellaron siglos atrás. Se llama también Puerta de la Gracia porque el Mesías ha de entrar por ella.

Por tanto, mientras las filosofías griega y romana iban tomando cariz de religiones para reemplazar a aquellas religiones politeístas que ya no ejercían influencia mística sobre las gentes decepcionadas de todo, el pueblo judío veía frustrarse sus esperanzas una y otra vez, a medida que veía caer la cabeza de uno de sus líderes al que incluso había llegado a considerar su esperado Mesías.

Flavio Josefo describe en sus *Guerras de los judíos* las revueltas que se producían constantemente en Judea. Estos hechos terminaban en verdaderas matanzas y en suicidios de los que no se resignaban a perecer a manos de los soldados de Roma.

Pero el libertador que con tanto anhelo esperaba el pueblo judío no solamente no llegó, sino que hoy, al cabo de más de veinte siglos, la Puerta de Oro, la que solamente el Mesías podrá abrir en la muralla de la ciudadela de Jerusalén, permanece cerrada a cal y canto.

Capítulo II

El Cristianismo Antes De Cristo

Las religiones de los antiguos pueblos del Mediterráneo ejercieron un papel decisivo en la Historia, no solo en la historia de aquellos pueblos, sino en la de una enorme parte del mundo, porque fueron el eslabón imprescindible para la transformación de las religiones primitivas en las religiones universales que han determinado nuestra historia actual: el judaísmo, el cristianismo y el Islam.

La cuenca del Mediterráneo fue la cuna de las religiones monoteístas, porque en ella se forjaron las imágenes de dioses con rostro y figura de persona que configuraron los panteones politeístas, las cuales dieron paso más tarde al monoteísmo, cuando las figuras de los dioses adquirieron dimensiones gigantescas y cuando el sentimiento de culpa y la angustia vital de la gente hicieron surgir la figura del dios redentor que se ofrece en sacrificio para salvar a los hombres que depositan en él su fe y su esperanza.

EL MITO ES UN ESPEJO ETERNO

Los mitos son una constante entre todos los pueblos de todos los tiempos, pero los mitos no son necesariamente mentiras, sino narraciones de sucesos acaecidos antes de que se escribiera la historia [\[3\]](#) . Por eso, en todas partes se

dan patrones e incluso detalles muy similares, porque llegan a formar parte del inconsciente colectivo de los pueblos. El profesor John Francis Bierlain afirma que el mito es un espejo eterno en el que podemos vernos a nosotros mismos.

Todas las culturas tienen su mito de la Creación, en la que un dios se enfrenta al Caos y hace surgir de la nada a la Tierra y a las luminarias celestes y, después de poblarla con vegetación y animales, crea una primera pareja que debe multiplicarse para habitarla.

Todas las culturas nos cuentan la historia de una inundación que anegó el mundo en castigo a la perversidad de los hombres y de la que el dios o los dioses pusieron a salvo a un grupo de justos.

Parece que nos cuentan un cuento, pero nos pueden estar relatando su explicación del Big Bang y del periodo de desglaciación que sobrevino a la última glaciación cuaternaria de hace unos 18.000 años y que dejó los hielos glaciales más o menos como están hoy o como estaban antes de que el efecto invernadero se acentuase.

Todos los pueblos primitivos comparten tres necesidades psicológicas: las de cantar, bailar y contar historias. Todos necesitan interpretar los fenómenos naturales de manera simbólica, dándoles un sentido épico, heroico. Por eso nos sorprendemos a menudo al observar las enormes similitudes que guardan las leyendas de pueblos geográfica y culturalmente muy alejados. Por otra parte, los oyentes tienden a calificar de reveladas las historias narradas en lenguas arcaicas o plenas de expresiones extrañas.

De la religión revelada que contienen los libros sagrados de los *Veda* en la India, aprendemos que Brahma, después de crear el universo y el mundo, creó un hombre y una mujer y los hizo superiores al resto de la creación. Les llamó Adima y Heva y los alojó en un lugar privilegiado de espléndida vegetación, un paraíso terrenal situado en Ceilán, del que no debían salir y donde debían adorarle eternamente. Pero ellos, como era de esperar,

desobedecieron, por lo que el encanto natural que les rodeaba desapareció y se transformó en tierra inculta que tuvieron que trabajar para siempre, ellos y sus descendientes.

En la religión persa, Ormuz, espíritu sin cuerpo y principio del bien, prometió felicidad al primer hombre y a la primera mujer si se comportaban conforme a sus preceptos. Pero vino Arimán, el principio del mal, a tentarles con frutos deliciosos. Finalmente, la pareja terminó expulsada del lugar feliz y se vio obligada a matar animales para alimentarse y cubrirse. Y no solo ellos, sino también las siguientes generaciones fueron malditos.

Y ya sabemos lo que cuenta el *Antiguo Testamento* sobre Adán y Eva y el paraíso terrenal. También pueden parecerse cuentos infantiles pero, si somos capaces de vislumbrar lo que subyace a tanto símbolo común, a tantas culturas, encontraremos la descripción del tránsito del homínido al hombre y la adquisición de lo que le separa de los animales, la conciencia con la que se elevó por encima del resto de las criaturas, distinguió entre el bien y el mal y fue dueño de su destino, pero de un destino maldito que le obligó a trabajar para vivir y le privó para siempre de la dulce inconsciencia animal que había vivido anteriormente, sin conocer el sentimiento de culpa y dejándose gobernar por sus instintos. Y, por si fuera poco, al erguirse para caminar en dos pies, la hembra hubo de parir a sus hijos con dolor.